

nales). Ésta es, sin duda, una de las aportaciones más interesantes de la obra. El trabajo finaliza con unas sugerentes conclusiones, en las que se plantea la multiplicidad de los elementos organizadores del espacio. Además, como un colofón muy adecuado, el libro incluye unas excelentes láminas realizadas por Isabel Abad.

En definitiva, nos encontramos ante un trabajo sólido y perfectamente articulado, que posee un esquema original y claro, y que se desarrolla de un modo sugerente. Sin duda resultará de gran interés para los estudiosos de la evolución urbana en núcleos de mediano y pequeño tamaño. Por todo ello parece necesario prestar atención a este joven investigador y a los trabajos que pueda desarrollar en el futuro. *Emilio Olmos Herguedas.*

VILLANUEVA ZUBIZARRETA, Olatz, *Actividad alfarera en el Valladolid bajomedieval*, Universidad de Valladolid 1998, 346 pp. 15 lám.

En la Navidad de 1989 una excavación arqueológica de urgencia exhumó los restos de un alfar en la antigua calle Olleros, con 4 hornos y abundante material cerámico. El estudio del mismo es el punto de partida de este libro sobre la alfarería vallisoletana medieval (el término bajomedieval resulta demasiado restrictivo). La obra se divide en 4 partes de desigual extensión: «Valladolid: de aldea a corte», «Instalaciones y actividades de un alfar», «La producción cerámica», y «Las comunidades mudéjares y la alfarería».

La evolución de la villa de Valladolid entre los siglos XI y XV centra la primera parte. No pretende ser un estudio intensivo del tema, dada la reciente obra de A. Rucquoi en la que en gran medida se basa. Le basta con contextualizar la excavación realizada, profundizando a partir de las fuentes escritas en aquellos aspectos más relacionados con el registro arqueológico: la actividad alfarera, el desarrollo artesanal y comercial, la construcción de las murallas, la comunidad mudéjar ya constatada en la segunda mitad del XII...

A continuación analiza los aspectos técnicos de la excavación: su metodología y problemas, el sistema de registro, la articulación de las unidades estratigráficas, las fases de ocupación y las estructuras de combustión (los hornos). La autora individualiza 7 fases en la secuencia estratigráfica, relacionadas con el alfar. En la primera se prepara el espacio para la instalación de alfar, compuesto de dos hornos separados por un murete (fase II), luego destruidos. Los materiales de los hornos y otros de desecho fueron utilizados para colmatar el terreno (fase III), sirviendo de suelo a otro horno de mayor capacidad que los precedentes (fase IV); de nuevo destruido y colmatado (fases V y VI), como base a un cuarto y último horno (fase VII). También pertenecen a esta fase dos testares con cerámica engobada y esmaltada. Destaca la aparición en la fase V de tres monedas (estudiadas por Mercedes Rueda): un vellón rico de Alfonso VII, un pepión de Alfonso VIII y un óbolo salamanqués de Alfonso IX, que circularían a inicios

del siglo XIII. El estudio de los hornos se ve limitado por su elevado grado de arrasamiento. Se trata de hornos bicamerales de tiro directo, que son comparados con otros medievales hispanos.

La tercera parte, la más extensa, aborda la producción cerámica. Tras exponer la metodología de estudio y los principales caracteres de la tecnología empleada en su fabricación, incidiendo especialmente en la importancia de la materia prima empleada, distingue dos grandes producciones: la engobada, dominante y definidora de los alfares vallisoletanos (tipo Duque de la Victoria), y la esmaltada.

La producción engobada se elabora a partir de las arcillas locales, ferruginosas y ricas en potasio, modeladas a torno, con una cocción oxidante (en torno a 900 °C) que otorgaba la característica coloración rojiza, resaltada por los engobes. Solo se decoraron el 14% de las piezas inventariadas, destacando las acanaladuras (10%) y, en menor medida las incisiones e impresiones; en cualquier caso domina la sencillez. La autora individualiza 22 tipos cerámicos con varios subtipos, primando los criterios funcionales sobre los morfológicos. Toma la nomenclatura de las fuentes escritas del Valladolid medieval y, en su defecto, de otras castellanas contemporáneas, aunque no deja de ser consciente del riesgo que supone la identificación entre los datos de las fuentes escritas y el registro arqueológico.

El taller ofertaba una variada gama de productos, que cubría casi todas las necesidades domésticas, a excepción de las culinarias (apenas un 1% de ollas/pucheros), por la deficiente resistencia térmica del barro empleado; vacío colmado por las producciones zamoranas. Domina el servicio de mesa (78%), con nueve series diferentes. Destacan los jarritos, jarros, tajadores y saleros polilobulados (una de las piezas más representativas de la alfarería vallisoletana medieval), que superan el 9% de la producción. También aparecen escudillas, botijas y, en mucho menor número, platos, altamías y redomas. Otra parte significativa de la producción está constituida por recipientes de almacenaje o transporte (17%): cantarillas, cántaros, tapaderas, orzas, y algún barreño y colador. Por último se encontraron diversos elementos auxiliares domésticos de uso muy variado: arcaduces, calentadores, candiles, dos alcancías (huchas), dos *hanukiyas* (lámparas rituales judías) y dos juguetes para niños.

Algo más del 5% de la producción es de cerámica esmaltada, que se concentra en las dos últimas fases. Se trata de platos y escudillas o altamías, esmaltadas en verde/ turquesa y en blanco con decoración verde y manganeso. El compuesto arcilloso utilizado es diferente al de la cerámica engobada (arcillas aluminosas con más carbonato cálcico); era sometido a una doble cocción, aplicando el esmalte plúmbeo tras la primera de ellas. En la decoración dominan los motivos geométricos, en especial reticulados. Su presencia supone una innovación que la autora enlaza con la cerámica musulmana y mudéjar del antiguo Reino de Toledo y Levante. Su cronología (fines del siglo XIII), se adapta bien a la difusión de esta técnica en otros talleres peninsulares.

Cierra el capítulo el estudio de los elementos auxiliares de la producción, entre los que destaca un molde con dos dragones afrontados, excepcional pero indicativo de las necesidades de un grupo social enriquecido.

La última parte se dedica al estudio de las comunidades mudéjares de la Cuenca del Duero castellana y a su relación con la producción alfarera, contrastando los datos documentales (especialmente fiscales) con los hallazgos arqueológicos (cerámica engobada similar a la vallisoletana). Destaca la coincidencia entre la llegada de los mudéjares a Castilla en la segunda mitad del XII y el inicio de estas producciones, así como su ausencia del reino de León. Considera que no se trata de un fenómeno de exportación de la cerámica vallisoletana a estos lugares, sino de una herencia común, en ciertos aspectos técnicos y morfológicos, de las producciones islámicas de la Marca Media.

En la conclusión aborda el espinoso problema de la cronología del taller. Se inclina por un marco temporal amplio, desde las últimas décadas del siglo XII, con la instalación de la comunidad mudéjar en Valladolid, a fines del XIII, con la construcción de la muralla y paseo de ronda sobre el solar del taller. Es decir, desde antes de la primera mención escrita de la calle Olleros (1267) hasta un siglo antes del traslado de los talleres a la contigua morería (1414) o al otro lado del puente del Pisuerga.

El libro no es sólo una importante aportación al conocimiento de la cerámica medieval de la Cuenca del Duero, sino también una aportación al conocimiento de una actividad artesanal, la alfarería, que por el escaso valor de sus producciones apenas se documenta en los textos, y, a través de ella, al de la sociedad que la demanda, a su cultura material. *Carlos Reglero de la Fuente.*

TO FIGUERAS, Lluís, *Família i hereu a la Catalunya Nord-oriental (segles X-XII)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, col. 'Biblioteca Abat Oliba', n.º 185, Barcelona 1997, 407 pp. Prólogo de P. Bonnassie; selección de documentos en anexo, índices onomástico y toponímico.

El libro, cuya base es la tesis doctoral presentada por su autor en 1989, se divide en dos partes que distinguen dos épocas. Entre ambos periodos se encaja la acelerada feudalización que la sociedad catalana experimentó en el segundo tercio del XI: no se trata de un hito convencional, sino de una referencia clave para explicar las transformaciones de la familia campesina, que habían de sustanciarse en el plazo de un siglo en la figura del *hereu*.

«Frente a la tentación de analizar aisladamente la familia, he intentado integrarla en una explicación más amplia sobre la evolución de la sociedad y la economía medievales. De forma tal que familia y sucesión deberían enriquecer el conocimiento de la sociedad en muchos otros aspectos: la condición de la mujer, evidentemente, las estructuras señoriales o la servidumbre campesina». Esta declaración, tomada de las primeras páginas de la obra, la impregna por entero; se diría que marca una distancia respecto a otras perspectivas de estudio de la familia —el derecho, la demografía, la antropología...—, al mismo tiempo que se beneficia de sus posibilidades. Si del conjunto se desciende al detalle, el lector